

# KURT

## VONNEGUT



UNERS



LABESTIA  
EQUILÁTERA

Kurt Vonnegut

# Desayuno de campeones

con ilustraciones del autor

Traducción de *Carlos Gardini*



Vonnegut, Kurt  
Desayuno de campeones. - 1a ed. - Buenos Aires :  
La Bestia Equilátera, 2013.  
304 p. ; 22x14 cm.

Traducido por: Carlos Gardini  
ISBN 978-987-1739-46-2

1. Narrativa. 2. Novela. I. Carlos Gardini, trad. II.  
Título  
CDD 863

Diseño de tapa: Liniers  
Diseño de interior: Daniela Coduto  
Corrección: Malena Rey

Título original: *Breakfast of Champions*  
© 1973 and copyright renewed 2002 by Kurt Vonnegut, Jr.  
© Carlos Gardini, de la traducción  
Esta traducción se publica con acuerdo de The Dial Press,  
sello de The Random House Publishing Group,  
una división de Random House, Inc.  
© 2013 La Bestia Equilátera S.R.L.  
Aguilar 2023  
Buenos Aires, Argentina  
info@labestiaequilatera.com  
www.labestiaequilatera.com

ISBN 978-987-1739-46-2  
Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra, por cualquier medio o procedimiento,  
sin permiso previo del editor y/o autor.



OR



*¡Adiós, lunes triste!*

*En memoria de Phoebe Hurty,  
que me consoló en Indianápolis  
durante la Gran Depresión*

Me probará, y saldré como oro.

*Libro de Job*



## Prefacio

“Desayuno de campeones” es el eslogan de una marca registrada de General Mills, Inc. para un producto de cereales para el desayuno. El uso de dicha expresión en el título de este libro no sugiere ninguna asociación con General Mills ni el patrocinio de la empresa, y tampoco se propone desacreditar sus prestigiosos productos.

• • •

La persona a la que está dedicado este libro, Phoebe Hurty, ya no está en este mundo, como suele decirse. Era una viuda de Indianápolis cuando la conocí a fines de la Gran Depresión. Yo tenía alrededor de dieciséis años. Ella tenía alrededor de cuarenta.

Era rica, pero había ido a trabajar todos los días hábiles de su vida adulta, y seguía haciéndolo. Escribía una sensata y graciosa columna de consejos para enamorados en el *Times* de Indianápolis, un buen periódico que hoy es una empresa difunta.

Difunta.

Escribía anuncios para la William H. Block Company, una gran tienda que todavía prospera en un edificio que diseñó mi padre. Escribió este anuncio para una liquidación de sombreros de paja: “Con estos precios, puede ponerle uno al caballo y dar sombra a las rosas”.

• • •

Phoebe Hurty me contrató para redactar anuncios de ropa para adolescentes. Yo tenía que usar la ropa que elogiaba. Era parte del trabajo. Y me hice amigo de sus dos hijos, que tenían mi edad. Me pasaba el día en casa de ellos.

Ella usaba palabrotas cuando hablaba con sus hijos y conmigo, y con nuestras amigas cuando las llevábamos. Era graciosa. Era liberadora. Nos enseñó a ser insolentes en la conversación, no solo al hablar de temas sexuales, sino de la historia de los Estados Unidos y los héroes famosos, de la distribución de la riqueza, de la escuela, de todo.

Ahora me gano la vida siendo insolente. Lo hago con torpeza. Sigo tratando de imitar la desfachatez que Phoebe Hurty practicaba con tanta elegancia. Ahora creo que esa elegancia le resultaba más fácil a ella que a mí por el estado de ánimo de la Gran Depresión. Ella creía lo que entonces creían muchos americanos: que el país sería feliz, justo y racional cuando llegara la prosperidad.

Ya no oigo esa palabra, prosperidad. Antes era sinónimo de paraíso. Y Phoebe Hurty creía que la insolencia que ella recomendaba daría forma al paraíso americano.

Ahora esa insolencia está de moda. Pero ya nadie cree en un nuevo paraíso americano. Extraño a Phoebe Hurty.

• • •

En este libro expreso la sospecha de que los seres humanos son robots, máquinas: recordemos que las personas, hombres en su mayoría, que estaban en las últimas etapas de la sífilis y sufrían de ataxia motriz eran un espectáculo común en el centro de Indianápolis y en las aglomeraciones de gente cuando yo era niño.

Esa gente estaba infestada de pequeños sacacorchos carnívoros que solo se veían por el microscopio. Las vértebras de las víctimas se fusionaban cuando los sacacorchos penetraban

en la carne que las separaba. Los sifilíticos tenían un aspecto solemne: erguidos, con la mirada hacia delante.

Una vez vi a uno que estaba en la esquina de Meridian y Washington, bajo un reloj colgante diseñado por mi padre. En la ciudad esa intersección se conocía como “el Gran Cruce”.

En el Gran Cruce, el sifilítico intentaba sacar las piernas de la vereda para cruzar la calle Washington. Tiritaba, como si en su interior ronroneara un motor. He aquí su problema: los sacacorchos le estaban comiendo el cerebro donde se originaban las instrucciones para sus piernas. Los cables que transmitían las instrucciones ya no estaban aislados, o estaban cortados. Los interruptores que jalonaban el camino ya no se abrían ni se cerraban.

Este hombre parecía muy viejo, aunque quizá solo tuviera treinta años. Pensó y pensó. Y luego alzó la pierna dos veces, como una corista.

Cuando yo era niño, sin duda me parecía una máquina.

• • •

Suelo pensar en los seres humanos como gomosos tubos de ensayo en cuyo interior hierven reacciones químicas. Cuando yo era niño, vi mucha gente con bocio. También Dwayne Hoover, el vendedor de Pontiac que es protagonista de este libro. Esos desdichados terrícolas tenían glándulas tiroideas tan hinchadas que parecían tener una calabaza en la garganta.

Después se supo que lo único que debían hacer para llevar una vida normal era consumir menos de un millonésimo gramo de yodo por día.

Mi propia madre se destruía el cerebro con sustancias químicas que presuntamente la harían dormir.

Cuando me deprimó, tomo una píldora, y recobro el buen humor.

Etcétera.

Así que es una gran tentación para mí, cuando creo un personaje para una novela, decir que es como es porque se le estropearon los cables, o por cantidades microscópicas de sustancias químicas que ingirió o dejó de ingerir ese día.

• • •

¿Qué opino de este libro? Me siento muy mal con él, pero siempre me siento mal con mis libros. Mi amigo Knox Burger dijo una vez que cierta novela torpe “se leía como si la hubiera escrito Philboyd Studge”. Creo que soy Philboyd Studge cuando escribo lo que aparentemente estoy programado para escribir.

• • •

Este libro es el regalo que me hago a mí mismo al cumplir cincuenta años. Me siento como si me hubiera trepado al lomo de un techo a dos aguas.

A los cincuenta años estoy programado para actuar como un niño: insultar el himno nacional, garrapatear figuras de una bandera nazi y un ano y muchas otras cosas con un marcador. Para dar una idea de la madurez de las ilustraciones de este libro, he aquí mi dibujo de un ano:



• • •

Creo que estoy tratando de sacar toda la chatarra que he acumulado en la cabeza: los anos, las banderas, las bombachas. Sí, este libro contiene el dibujo de una bombacha.

También incluyo personajes de mis otros libros. No pienso organizar más espectáculos de marionetas.

Creo que estoy tratando de dejar mi cabeza tan vacía como cuando nací en este planeta arruinado, hace cincuenta años.

Sospecho que es algo que la mayoría de los americanos blancos, y de los americanos no blancos que imitan a los americanos blancos, tendría que hacer. Las cosas que los demás han puesto en mi cabeza no encajan bien, a menudo son feas e inservibles, y no guardan ninguna proporción entre sí, no guardan ninguna proporción con la vida tal como es fuera de mi cabeza.

No tengo cultura, no tengo armonía humana en el cerebro. Ya no puedo vivir sin cultura.

• • •

Así que este libro es una vereda llena de chatarra, desechos que arrojo por encima del hombro mientras viajo en el tiempo para volver al 11 de noviembre de 1922.

En mi viaje llegaré a un momento en que el 11 de noviembre, que es mi cumpleaños, era un día sagrado llamado Día del Armisticio. Cuando yo era niño, y cuando Dwayne Hoover era niño, toda la gente de todos los países que habían peleado en la Primera Guerra Mundial callaba durante el minuto once de la hora once del Día del Armisticio, que era el día once del mes once.

Fue durante ese minuto de 1918 cuando millones de seres humanos dejaron de masacrarse. He hablado con ancianos que estaban en el campo de batalla en ese minuto. De un modo u otro me han dicho que ese súbito silencio era la Voz de Dios. Así que todavía hay entre nosotros hombres que recuerdan el momento en que Dios le habló claramente a la humanidad.

• • •

El Día del Armisticio se ha convertido en Día de los Veteranos. El Día del Armisticio era sagrado. El Día de los Veteranos no lo es.

Así que arrojaré el Día de los Veteranos por encima del hombro. Me quedaré con el Día del Armisticio. No quiero deshacerme de mis cosas sagradas.

¿Qué otra cosa es sagrada? Ah, *Romeo y Julieta*, por ejemplo. Y toda la música.

PHILBOYD STUDGE



Esta edición de *Desayuno de campeones* de Kurt Vonnegut se terminó de imprimir en Elías Porter y Cía. SRL, Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, en el mes de marzo de 2013.